

tica, de cultura verdaderamente reaccionaria, de añejas costumbres, de orgullo patricio, de religión tradicional y ortodoxa, no se avenía la mujer del estadista con aquellos retóricos gárrulos, aquellos demócratas irreverentes, aquellos filósofos audaces, que traían á mal traer las viejas instituciones y fundaban en una ciudad regida de antiguo por viejas aristocracias una especie de nuevo derecho, contradictorio con todo cuanto había pasado hasta entonces por superior y óptimo. Estas luchas dentro del hogar acaban siempre por oscurecer las inteligencias más claras y por quebrantar las voluntades más firmes. El hombre, que ha combatido todo un día en la plaza pública y debe continuar combatiendo toda una noche, por su desgracia, en el hogar doméstico, se fatiga de tal adversidad y concluye por sacudirla del modo mejor que le depara la suerte. Y en tal estado triste de ánimo, con semejante familia, divorciado ya, muy divorciado Pericles de su mujer, encontró á la musa de su vida y á la diosa de su existencia, encontró á Aspasia, cuya condición tanto se diferenciaba de la condición que tenía su mujer propia, y cuyo espíritu, en vez de cerrarse, como una flor que se marchita y cae, á los nuevos ideales, recibíalos en su pródigo seno, alentándolos con el soplo de su inspiración y difundíendolos con el calor de su palabra.

Pericles, pues, llegó á divorciarse de su esposa y á recibir en su propia casa y familia, como un dón de los dioses, á la feliz Aspasia. La triste adustez anterior quedó por completo desvanecida con el natural amable de la nueva esposa. Su hermosura perfecta embellecía el hogar como las estatuas armoniosas embellecen el templo. Cuando más absorto en los cuidados traídos por los negocios públicos estaba el gran orador, más le sonreían las gracias femeniles, ora valiéndose de amorosas sonrisas, ora de aladas palabras. Y no se reducía, no, á esto sólo el cambio aportado por aquella joven singular al seno de tan ilustre familia; después de halagarlo en su interior, distraerlo de los altos asuntos con las futilidades naturales á la vida ordinaria, encantarle con todas las seducciones intelectuales y morales de su sexo, Aspasia, sociable, muy sociable, á todo atenta, con todos familiar, conocedora de las artes y circuída de los artistas, repartiéndole á la continua con los filósofos, admirada y seguida por una juventud gozosa con recoger los ecos de sus labios y los rayos de sus ojos, llevaba su influjo de tal suerte al exterior de aquel hogar, que contribuía y cooperaba muchísimo, por su hermosura y por su ingenio, á las facilidades múltiples halladas en la dirección moral perpetua de aquella ciudad extraordinaria, tan complicada por sus com-

plejos afectos y tan rebelde á todo verdadero yugo.

Imaginaos qué contraste para un alma como la de Pericles, tan abierta de suyo al viento de todas las ideas, después de haber oído refunfuñar á la mujer propia en casa, de donde le despedían reconvenciones y despegos, encontrarse, allá en certamen de retórica, rodeada por coro de jóvenes hermosas, sobre su cátedra, como una estatua sobre su pedestal, como una divinidad sobre su ara, como una pitonisa sobre su trípode, á la mujer, cuya elocuencia fluída se aumentaba al recogimiento gravísimo de su carácter, en el cual se unían las propensiones artísticas con las filosóficas, y á la severidad escultórica de su rostro, que parecía una verdadera efigie de Minerva. ¿Dónde podría encontrar un maestro de retórica semejante? Discípula de Anaxágoras, amiga de Sócrates, compañera de Fidias, admiradora de Sófoles, debía reunir su elocuencia, este arte necesitado de todos los demás, el conjunto de perfecciones asequibles en el comercio y trato con tantos genios extraordinarios como esclarecían el cielo de Atenas en aquel entonces. Lo cierto es que, so el influjo de Aspasia, y antes de que apareciera Demóstenes, la palabra de Atenas había llegado á su completa plenitud y á su altísima perfección.

En el concepto universal pasa el elogio de Peri-

cles á los muertos en aquellas guerras del Peloponeso por la oración entre las oraciones. Y Platón dice que obra tan perfecta se debió á la elocuencia de Aspasia. Tucídides lo ha reproducido en el libro segundo, capítulo trigésimocuarto y siguientes de su *Guerra del Peloponeso*. Veamos estas honras fúnebres. Tres días antes de su celebración expónense los huesos á honrar en una tienda, bajo la cual brillan todos los holocaustos ofrecidos por los conciudadanos á sus héroes y á sus mártires. Llegado el instante de la celebración, hermosos carros conducen ataúdes tallados en cipreses y lechos funerarios ceñidos de santísimas reliquias. Junto al sepulcro que los aguarda lloran sus parientes más cercanos y se congregan todos los atenienses. Pericles debe hablar, por una disposición litúrgica del Código trazado para las ceremonias fúnebres, que previene tales arengas, encargadas á los primeros oradores. Pocos exordios tan hermosos como aquel en que presenta las dificultades múltiples de su arenga, porque unos creen, los conocedores de aquellos hechos heroicos, las palabras muy por bajo de las acciones; otros, los ignorantes, muy por encima; reinando sobre todos la desconfianza, por natural propensión á no comprender aquello que no podemos imitar. Desde tal exordio elevase Pericles al elogio de sus antepasados.

Una raza misma ocupa de tiempo inmemorial el territorio de Grecia, conservado por sus virtudes. Y después de aseverar esto, conviértese á las causas de tan milagrosa conservación el orador, y las encuentra todas á una en aquellas instituciones y en aquellas costumbres. El ateniense no ha copiado ningún modelo, ha servido de modelo él. Su gobierno se llama democracia, porque depende todo poder del mayor número. En las diferencias entre los ciudadanos, todos resultan iguales ante las leyes. Respecto á la consideración, no el origen, el mérito granjeaba los cargos públicos. Francos y rectos en su administración, los atenienses no recelan ni sospechan de los demás; no se irritan, envidiosos, porque los amigos den algo á sus placeres, y huyen de severidades, las cuales, sin merecer el nombre de castigo, penan y humillan. Sin rudeza en sus relaciones privadas, conforman todos sus actos á las leyes y obedecen de grado á sus autoridades. Los descansos tras las fatigas de una faena diaria, los goces en común por medio de públicos espectáculos, el movimiento y circulación de todas las especies, facilitan y encantan la existencia en Atenas. No temían á nadie los atenienses ni de nadie se recataban, porque lo ponían todo en su valor. Atenas jamás se prepara por largo tiempo á la guerra, y á pesar de inadvertida y descuidada, no

cede á nadie cuando suena la hora de un verdadero peligro. Ella gusta de lo hermoso con medida y de lo artístico sin molicie. Tiene riquezas para esparcir las y no para ostentarlas. Nadie se avergüenza en ella por pobre, si trabaja lo posible por sustraerse á la pobreza. Quien á la vida pública se niega recaba nota de inútil. El discurso no puede obstar en Atenas al acto, y nadie se resuelve á nada sino después de haber deliberado mucho. El valor no está reñido en los atenienses con la calma, ni las inspiraciones con la reflexión. Cuanto más ciertos están del peligro con mayor coraje lo desafían. Más gustan de obligar que de obligarse. Prefieren conservar el afecto de los obligados á recibir el importe de sus préstamos. Atenas quedará de escuela en Grecia por su ingenio y por su flexibilidad incomparables. Ella sola en el mundo supera con mucho á su renombre. Los vencidos créense honrados por de sus manos recibir la rota, y los súbditos libres al verse comandados por ella. Sus héroes han sabido guardar la esperanza en medio de las adversidades más terribles y combatir y sacrificarse por puro amor á la patria. Al deshonor de huir han siempre antepuesto la muerte. Cuando todo les halagaba en el mundo, lo han abandonado sin pena, seguros de dejar asentada sobre sus sacrificios la patria. Contemplan el poder de la ciudad, inflamar-

se de amores puros por ella, considerar á qué rasgos de audacia se ha debido su fortuna y á qué prudencia su conservación, he ahí el deber de todo ciudadano. Los jóvenes han de saber el ejemplo dado por los viejos. El padre ha de instruir á su familia en el amor patrio; el viejo, viendo cuán corto espacio le separa del sepulcro, ha de legar el honor á sus nietos. Ningún vivo debe aguardar los loores alcanzados por los muertos. En todos los contemporáneos laten otros tantos rivales, y sólo el mérito pasado, incapaz de oscurecer ningún otro y de suscitar competencias, obtiene honras fúnebres y estima universal. En cuanto á las mujeres, lo mejor que pudiera pasarles sería no oír su nombre en ajenos labios ni con vejamen ni con elogio. Por lo demás, la patria cuidará de la educación de sus huérfanos, pues allí crece la virtud en mayor pujanza donde se la cultiva y abona con más justas recompensas.

Indudablemente, la oración fúnebre por los muertos, en las competencias entre Atenas y Esparta, quedará siempre como un acabado modelo de apologías elocuentísimas, según el fallo inapelable de la posteridad. Su estilo breve y conciso no excluye a más alta elocuencia, y sus pensamientos, á pesar de profundos, no adolecen de la oscuridad con que suelen recatarlos al público muchas gentes superio-

res, cual si temieran difundirlos después de manifestarlos. Corre por toda esta oración una filosofía que no se descubre á primera vista, cual no se descubre á primera vista la sangre que circula por el cuerpo y que mantiene su vida. Un mérito extraordinario alcanza esa tan célebre arenga, inaccesible á toda primera lectura. La ironía está en sus párrafos distribuída con tan sobrio gusto, que no pica ni amarga. Cada elogio directo al genio ateniense tributado resulta indirecto vejamen al genio lacedemonio. Vencedor Pericles, y teniendo que hablar de los vencidos, un exceso en las acusaciones pudiera parecer desquite bajo de las batallas mantenidas y jactancia pueril por los triunfos alcanzados. Con arte de una excelsitud indecible, lo sumo del arte humano, esta inmortal arenga, critica duramente la política y la organización de aquella soberbia Esparta, sin advertirse otra cosa que las justas alabanzas de Atenas. El elogio á la igualdad bajo las leyes, el encarecimiento de la república frente á frente de una monarquía tan soberbia, los loores á la democracia, contradictoria de todo en todo con el patriciado lacedemonio, los encarecimientos del trabajo, los sólidos raciocinios contra un régimen de guerra que sólo prepara para los combates al hombre, toda esta suma de grandes ideas, dichas en aquella forma sencilla y ateniense, dan al dis-

curso fúnebre de Pericles todos los caracteres de un perfectísimo y acabado modelo, en el cual no sabe uno qué admirar más, si la proporción, si el estilo, si la dialéctica, si el arte, si la delicadeza. Esta última indudablemente, cualidad por todo extremo excepcional y soberana, demuestra cómo ha intervenido Aspasia en obra de tanto mérito, y le ha impreso muy hondamente, mucho, la marca de su genio. Sólo á una mujer se le ocurren finuras como la contenida en su indirecta sátira de la vieja Esparta. Y sólo una mujer superior puede con tanto acierto enajenarse de sí misma y poner en boca del estadista, que dirige la ciudad, palabras condenatorias de su propio ministerio y encomiásticas del ministerio por las esposas atenienses cumplido en el seno sacro de su gineceo recatadísimo. Esta oración de Aspasia resulta la obra maestra de su vida y el título mayor con que ha pasado entre loores múltiples al juicio y aprecio de la posteridad más remota.

Aspasia no ejerce la retórica tan sólo, ejerce también la filosofía. Esta ciencia consigue un poder verdaderamente social en Atenas. Quizás por la filosofía se distingue del Oriente antiguo el Occidente. Aunque hubo escuelas filosóficas entre los indios, no alcanzaron el influjo político de las escuelas atenienses, tan semejantes de suyo á nues-

tros partidos de ahora. El filósofo en Oriente ó toma el aspecto de profeta cual Isaías y Jeremías, ó el de legislador cual Buda y Zoroastro. Un pensador aislado, discurriendo por calles y plazas todo el día, sin más objeto que discurrir, y allegando á lo sumo por señal de su poder una cohorte de discípulos, tipo es perteneciente por completo á las islas jónicas, á la magna Grecia y á la incomparable Atenas. La filosofía es dogma en Oriente, sus libros como Biblias, sus sacerdotes como reveladores y santos. La filosofía resulta religión en Oriente. Necesítase una más pronunciada individualidad que la permitida por los privilegios de teocracias y castas, si ha de aparecer el pensamiento filosófico ajeno á toda superstición y contrario al espíritu general de los pueblos y de los tiempos. Donde no hay posible contraposición entre la fe popular y la idea individual no hay ciencia. Inmóvil el Asia, móvil Grecia por este movimiento, brota luz de idea nueva y calor de vida espiritual. Pues á pesar de todo esto, enlázanse los sistemas griegos con enlace tan vigoroso, y ocupa cada cual un momento en el tiempo tan oportuno y un término en la serie tan vigorosamente dialéctico, que parece obra de un hombre solo y manifestación reveladora de un solo espíritu, desarrollándose por su interno crecimiento. El carácter de su primer

período resulta, después de bien examinado, la unidad de principio y la unidad de fin. Busca la inteligencia el elemento generador de todos los seres, tentando explicar con fórmula y clave singulares todo el universo. Thales de Mileto habita las islas jónicas, y al ver por todas partes el agua que las rodea con sus celestes colores y sus blancas espumas, cree, con la inocencia propia del pensamiento en su niñez, al agua origen de las cosas. Detenida la inteligencia un corto espacio en esta primera fase, pero consagrada con empeño á buscar el principio de todo, lo espiritualiza y no admite ya el agua por generador universal, admite algo menos tangible, admite un elemento como el aire. Tal creyó Anaxímenes de Mileto. Y tras Anaxímenes de Mileto vendrá Heráclito, quien, espiritualizando todavía más el principio primero, verá las cosas generadas por el éter y su calor, é impelidas á un movimiento sin fin. Y así que la idea entra en esta fase de su desarrollo interno, aparece, al amanecer la grandeza griega, un pensador como Anaxágoras, quien desde un principio como el principio de movimiento se alza sin esfuerzo al principio de un motor, y desde la llama ó el éter se alza también á la inteligencia ó el espíritu. La filosofía está fundada. Del agua pasó al aire, del aire al éter, del éter, principio material, á

un principio semiabstracto como el número, y del número al espíritu, encontrando en esta manera de bellissimo esbozo la mónada sublime, de donde Sócrates derivara muy pronto la idea del Dios único y supremo, en quien fundamos nuestra moral y de quien recibimos nuestra vida. Yo pregunto: ¿puede una filosofía superior darse, habida cuenta del estado en que los ánimos se hallaban y del desarrollo que tenía nuestro espíritu entonces? Pues así como Aspasia llegó en arte oratorio hasta componer la oración inmortal por los muertos ilustres, llegó en ciencias filosóficas á proteger esta filosofía de Anaxágoras, mediante la cual surgía sobre la cuna del universo la unidad espiritual, y en esta unidad espiritual se contenía y encerraba la idea de nuestro Dios.

Con la filosofía de Anaxágoras mezclábase otra especie de filosofía designada en el común lenguaje por sofística. Una especie de retóricos, antes pagados, en su vanidad y ufanía, del brillo de las formas que del brillo de las ideas, sustentaban el pro y el contra con igual facilidad y á un mismo tiempo, importándoles, no la verdad y la justicia, el ejercicio gimnástico de sus espíritus, robustecidos por la constante argumentación filosófica. Moralmente pervertían los sofistas á la juventud griega, imbuyéndole un escepticismo de pésima ley, en

cuyo seno iban los miasmas de todos los errores; pero intelectualmente, y en la disquisición de todos los principios, referían las cosas y las ideas al sujeto, y, refiriéndolas al sujeto, levantaban sobre nuestro universo material el espléndido sol de la conciencia humana, y establecían sobre sus controversias y disputas la libertad completa del humano pensamiento. Mas la democracia no se había extendido en términos, ni la ciencia cobrado poder tan enorme, que pudiera el pensamiento libre desarrollarse á sus anchas en el seno de aquella sociedad sin tropezar con obstáculo ninguno y sin estrellarse contra ninguna superstición. La idea de unidad en el universo, la idea de Dios en el alma, borraban á una con su luz espléndida todas las divinidades fragmentarias en el cielo social de Grecia, esparcidas con tanta copia y en tanto número como las estrellas y sus constelaciones diversas en el cielo material ó físico. Desde la hora y punto en que Anaxágoras descubriera la unidad sobre tantas variedades como en la creación pululan, el motor inmóvil, impeliendo todas las cosas al movimiento universal, aquella inteligencia suprema y aquel supremo poder concertando todos los seres en armonías y distribuyendo como vida de la vida su propia sustancia por lo infinito, el paganismo quedaba como herido en su propio corazón de muerte, y la

multiplicidad incalculable y suprema se anegaba en las olas de aquel Océano inmenso é insondable. Por consecuencia, el instinto conservador, tan despierto en las sociedades humanas, instinto indispensable á su continuación y perpetuidad, debía contra tales sistemas alzarse airado y ver de ahogarlos en su cuna por atentatorios á los dioses patrios y á las religiones tradicionales. El Areópago, representante de los antiguos patricios, los sacerdotes adscritos á las seculares liturgias y al culto verdaderamente ortodoxo, los patriotas acostumbrados á vincular el poder de la ciudad en su religión y en sus hábitos, el espíritu de resistencia tenaz, tantos y tan varios factores como los que componen la suma de una sociedad compleja, debían levantarse contra la doctrina de Anaxágoras, pretextando el hastío y el asco generados por las temeridades y las irreverencias sofisticas, á fin de preservar leyes políticas, religiosas, civiles, de aquellas inundaciones causadas por el prurito universal en los genios superiores de una innovación profundísima. El espíritu de Anaxágoras, á medida que iba contemplando las ideas eternas y concibiendo el sér absoluto, presentábale cualidades arquetípicas en disonancia y hasta en pugna con la religión dominante. El Sér Supremo tenía, según su pensar y sentir, estas cualidades: la suprema sustancia y entidad,

el poder sumo, la ciencia omnívota. El prestaba de suyo á todos los seres la esencia simplísima de que se forman y sobre la cual tejen sus urdimbres todos los organismos y todas las manifestaciones externas del sér y de la vida. No puede, no, dudarse; á tal ciencia el paganismo se derrumbaba, y á tal idea las estrellas lucientes sobre los cráneos de cada dios particular anohecían y apagaban en su noche también el fuego de los sacrificios y el culto en los altares. No había remedio; el espíritu de la ciencia subía, y subía como batido por el viento de la libertad, y amenazaba tragarse, allá en las espirales de sus abismos, los viejos trofeos del patrio culto.

¿Y quién debía responder de todo esto? ¿A cuál personaje había que imputarle políticamente la responsabilidad principal de unas alteraciones amenazadoras al mismo cielo y á las divinidades múltiples que lo pueblan? Pues á Pericles. No contento con haber innovado las leyes de Solón desde sus raíces hasta su copa; no contento con haber abierto el seno sacro de las aristocracias al pueblo; no contento con pagar las funciones públicas á fin de que todos pudiesen ejercerlas, dejaba eruirse la conciencia individual contra la religión y contra la idea del Estado, hasta permitir á los pensadores el destronamiento de los dioses y la sustitución de

su particular filosofía y credo al símbolo consagrado y litúrgico de la tierra griega. Estas resistencias de los viejos poderes á la renovación espiritual y científica tomaba fuerza mayor en una democracia que iba gustando mucho de sus avances y ventajas; mas ciertamente no quería por ello desasirse de su fe secular y divorciarse de sus divinidades nacionales. Toda cuestión religiosa y litúrgica se agrava mucho en el seno de las democracias, dotadas de un grandísimo apego á las creencias paternas y poco apercibidas y preparadas, en la natural inferioridad proveniente de su oscura condición, á las fórmulas científicas y teológicas que señalan hondos y reales progresos. El patriciado intelectual y político de Atenas logró lo que por aquellos momentos y en aquel estado crítico de las cosas se había propuesto; logró desterrar al pobre y desgraciado Anaxágoras, nutrido de ideas, en las cuales consistía su principal manutención, y revelador de unos dogmas cuya trascendencia no comprendía él mismo en su natural candor, en aquel candor nativo propio de todos cuantos se consagran al culto de la filosofía, privados, por mirar á lo infinito, de la vista con que se alcanzan y escudriñan los hechos ordinarios y múltiples de la vida real y política. Decimos esto porque lo abona un verídico relato de Plutarco respecto del filó-